



DICKENS, Charles: *Grandes esperanzas*. Prólogo, traducción y notas de Eduardo Valls Oyarzun. Escolar y Mayo Editores: Madrid 2014. 744 pp.

Tenemos entre manos una nueva traducción de *Great Expectations*, decimotercera novela de Dickens y la segunda, tras *David Copperfield*, narrada en primera persona, hecho relevante ya que este *Bildungsroman* tiene bastante de autobiográfico. Se publicó por primera vez por entregas en la revista que dirigía el propio Dickens, *All the Year Round*, entre el 1 de diciembre de 1860 y agosto de 1861; en octubre de ese mismo año apareció en tres volúmenes publicada por Chapman and Hall. En aquel momento Dickens era ya un autor consagrado y la obra tuvo una excelente acogida. Menos sabemos, sin embargo, de las peripecias de las traducciones al castellano de esta obra.

Según J. C Santoyo²⁰, la obra de Dickens llegó a España en vida del propio autor y, a finales del siglo XIX el público español tenía acceso a casi toda su obra. No obstante, señala Santoyo, buena parte de esas traducciones tuvieron el francés como lengua interpuesta, cosa relativamente normal en la época (y de la que no siempre se daba noticia en la página de créditos del libro). Y, como también era habitual, la mayor parte se editaron, y reeditaron, en esos años sin mención alguna del traductor.

Aunque Santoyo parece indicar que existió alguna traducción de *Great Expectations* al castellano (firmada o anónima) anterior a 1930, una búsqueda exhaustiva en las distintas bases de datos y catálogos bibliotecarios disponibles sólo nos permite afirmar que la primera versión en español es la de Manuel Vallvé que, con el título de *Grandes ilusiones*, publicó Editorial Juventud de Barcelona en ese año²¹. Firma también Manuel Vallvé las traducciones que publicaron en fechas posteriores (ya con el título de *Grandes esperanzas* y hasta fechas tan tardías como 2012) editoriales como Planeta, Círculo de Lectores y Austral.

El segundo traductor, según nuestras investigaciones, sería R. Berenguer, cuya primera traducción apareció en Barcelona, en la editorial de M. Arimany, en 1944, con el título de *Cadenas rotas (Las grandes esperanzas de Pip)*, si bien a partir de la edición de 1950 también convergió en el habitual *Grandes esperanzas*. Al igual que en el caso de Vallvé, nos encontramos con que la traducción de Berenguer ha seguido editándose hasta fechas muy recientes (2010 sería la última) en Punto de Lectura, Suma de Letras, Círculo de Lectores, RBA y Alba Editorial.

No queda ahí la cosa: del éxito de la obra dan fe más versiones, como la de José Méndez Herrera, en Aguilar, con sucesivas ediciones en 1945, 1949, 1964 y reeditada en 2005. Y todavía encontramos las de Juan Riera García, que publicó *Grandes*

²⁰ En LAFARGA y PEGENAUTE (eds.): *Diccionario histórico de la traducción en España*. Gredos: Madrid 2009.

²¹ Wikisource afirma que la traducción que publica es obra de Pérez Galdós y del año 1898, pero, al menos en sus párrafos iniciales, coincide en todo con la de Manuel Vallvé.

ilusiones en Arimany en 1955 y en 1965; la de María Engracia Pujals, en Cátedra, en 1985, y en Círculo de Lectores en 1998; la de Juan de la Torre, en Bruguera, en 1974 y 1979; la de Jonio González en Plaza y Janés Editores en 1998 y 1999, y en Debolsillo en 2008; y, por último, la de Miguel Ángel Pérez Pérez en Alianza Editorial en 2011, 2012 y 2014.

Mención aparte merecen las numerosas adaptaciones y reducciones a un número variable de páginas. Dickens ha sido considerado durante años en España –de modo harto discutible– un autor destinado al público juvenil y, por ese motivo, gran parte de su obra se adapta, reduce y retoca. En muchos casos, en aras de esa brevedad o “legibilidad” se mutila sin compasión la denuncia de la injusticia social característica de la época victoriana, que es, en muchos sentidos, lo que más vigente sigue en la obra de Dickens²².

Esta larga retahíla de traducciones indica muchas cosas y muy interesantes. La primera es el indudable éxito de la obra en España. La segunda es consecuencia habitual en los autores clásicos con obra libre de derechos, tal como Manuel Rodríguez Rivero definió con gran precisión en su *Sillón de orejas* de *El País* del pasado 28 de enero de 2012:

Cuando los editores se ponen a ahorrar no hay quien los pare [...]. En todo caso, los editores ahorran en todo lo que pueden: en las tiradas, por ejemplo, más raquílicas cada año. Pero también en otros conceptos: papel, encuadernación (cada vez hay menos libros cosidos), anticipos, traducción (con tarifas congeladas desde hace mucho tiempo), corrección (cada vez más erratas), revisión, etcétera. [...]. Otro ejemplo de construir catálogo ahorrando lo encontramos en la nueva serie de Clásicos Universales de Castalia, un sello propiedad de Edhasa. Para sus dos primeros volúmenes (*Romeo y Julieta* y *Macbeth*, de Shakespeare, y *Aventuras de Pickwick*, de Dickens) han desenterrado las respectivas traducciones de Menéndez Pelayo y Pérez Galdós, que quedan antiguas, son poco fiables y adolecen de cortes y arbitrarias censuras y supresiones. Pero, gracias al truco de exhumar traducciones “históricas”, completan el ahorro que supone editar obras extranjeras en derecho público. Si lo que pretende Castalia es hacerle la competencia a otras series debería pensarse lo de las traducciones; primero porque cada generación se merece leer los clásicos desde su propio tiempo y, después, porque la arqueología literaria resulta disuasoria.

Sin duda, no todas las traducciones existentes son arqueológicas. Pero sabemos que muchas son fruto de un concepto muy diferente al contemporáneo de lo que es “fidelidad” en la traducción: omiten, naturalizan y adaptan sin pensar por ello que están traicionando al autor. Prueba de ello es el variadísimo número de páginas que tienen muchas de las traducciones teóricamente fieles y completas. Otras, como indicaba Santoyo, han utilizado el francés como lengua puente. Otras más sufrieron la censura de tiempos oscuros. Y otras, que llevan décadas y décadas en el mercado, son ya obras colectivas a las que sucesivas generaciones de editores han ido “lavando la cara” y corrigiendo pequeños detalles molestos para el lector actual (el más lla-

²² Así, tenemos las versiones de Javier de Zengotita en Ediciones Reguera, en 1946; la de María Dolores García-Lomas en la Colección Juvenil Cadete, Mateu, en 1958; la de José Antonio Vidal Sales, en Bruguera en 1975, 1979, 1982, y Ediciones B, 2009; la de Cassarel en Planeta en 2010 o la de José María Pérez Zúñiga en Vicens Vives en 2012 y 2013.

mativo suele ser la traducción de todos o algunos nombres de pila), transformando así los textos de traductores que nunca han renunciado al inalienable derecho moral a la autoría de su obra. En algunos casos, estas traducciones, verdaderos palimpsestos, arrastran, edición tras edición, una serie de problemas tales como errores de interpretación, criterios obsoletos de traducción, irregularidad en el tono y en el ritmo del texto en castellano, etc.

Así pues, nos encontramos aquí con una nueva traducción del clásico de Dickens, en esta ocasión, de la mano del profesor Eduardo Valls. Es esta una versión nueva y original en la que no encontramos ninguno de los problemas mencionados más arriba. Es, además, una edición cuidada que viene acompañada de un largo prólogo y abundantes notas de carácter didáctico.

Adolfo Luis Soto Vázquez²³, en su estudio sobre las traducciones de Charles Dickens al español, afirma que los textos publicados a lo largo del s. XX en castellano son traducciones inertes que no reflejan el espíritu que anima el original. Por ello, en 1993 declaraba que era necesario retraducir toda la obra de este autor. Lo cierto es que buena parte de las novelas de Dickens se caracteriza por una gran variedad de estilos, registros, dialectos sociales y regionales y son pocas las traducciones que los reflejan con cuidado y gracia. Sin duda, la traducción de la lengua no estándar plantea grandes dificultades. Cuando en el original nos encontramos con un personaje que se expresa en una forma dialectal regional, actualmente nos resulta inaceptable —a los lectores, a los editores y, por supuesto, a los traductores— el recurso de la evocación del habla de alguna región española. Y, de la misma manera, parece haber unanimidad en la necesidad de que se reproduzca de algún modo la forma de expresión no estándar de alguno de los personajes, ya que en ello reside parte de la expresión del humor, la burla o la ironía dickensianas.

La traducción de Eduardo Valls resuelve estas dificultades y las traslada al castellano con acierto, si bien cabe reprocharle que dosifique el empleo del castellano no estándar con cierta timidez. Dickens nos presenta a personajes como Joe Gargery, un herrero analfabeto que se expresa con giros complicados, algunas veces torpes e incorrectos, y emplea contracciones tales como “ain’t” o cambia una vocal por otra como, por ejemplo, cuando pronuncia “partickler” en lugar de “particular”. Si bien Valls emplea alguna ocasión la aféresis para indicar que el hablante es un personaje poco culto, tal vez habría sido deseable que buscara más recursos y en la misma medida que el original —aunque fuera sacrificando parte de la fluidez que caracteriza su versión en castellano— con el fin de preservar el color y el humor de Dickens. En más de una ocasión, en la versión traducida los personajes pasan a comunicarse en una lengua estándar y normativa, incluso en un registro relativamente alto. Veamos un párrafo de varias de las traducciones mencionadas:

‘There’s one thing you may be sure of, Pip,’ said Joe, after some rumination, ‘namely, that lies is lies. Howsever they come, they didn’t ought to come, and they come from the father of lies, and work round to the same. Don’t you tell no more of ‘em, Pip. That ain’t the way to get out of being common, old chap. And as to being common, I don’t make it out at all clear. You are oncommon in some things.

²³ SOTO VÁZQUEZ, A. L., “Didáctica de las traducciones de Charles Dickens al español” en: RODRÍGUEZ LÓPEZ-VÁZQUEZ, A. (Ed.), *Didáctica de lenguas y culturas*, Coruña, Universidade da Coruña, Servicio de Publicaciones: La Coruña 1993, pp. 279-285.

You're uncommon small. Likewise you're a uncommon scholar'²⁴.

En traducción de Berenguer (la segunda más antigua de la que tenemos constancia):

–Hay una cosa de la cual puedes estar seguro, Pip –dijo Joe, después de rumiar un poco—, y es que de las mentiras siempre serán mentiras. De dondequiera que vengan no deben de haber venido, y vienen del padre de las mentiras y a él vuelven. No me hables más de ellas, Pip. Este no es el camino para salir de lo ordinario, muchacho. Y en cuanto a lo de ser ordinario, no acabo de entenderlo, querido. En algunas cosas eres extraordinario. Eres extraordinariamente pequeño. También extraordinariamente instruido²⁵.

La versión de Méndez Herrera (sólo un año posterior a la anterior):

–Puedes estar seguro de una cosa, Pip –dijo José, tras cierto meditar– y es esta: que las mentiras son mentiras. Salgan de donde salgan, no deben salir, y salen del padre de las mentiras y vuelven a él. Así que no las vuelvas a decir, Pip. Esa no es manera de dejar de ser vulgar. Y en cuanto a que tú seas vulgar, no lo veo claro. En algunas cosas eres extraordinario. Y eres extraordinariamente pequeño. Y eres un literato extraordinario²⁶.

Y, por último, la de Valls:

–Hay algo de lo que puedes estar seguro, Pip –dijo Joe, tras rumiar la idea por un instante—. Esto es, que los embustes son embustes. Vengan de donde vengan, no tienen que venir, pues, en cualquier caso, vienen siempre del padre de los embustes y acaban, también, volviendo a él*. No vuelvas a mentir, Pip. Ese no es el camino para dejar de ser vulgar, amiguito. En cuanto a eso de ser vulgar, yo no lo tengo tan claro. Puede que seas alguien extraordinario en algunas cosas. Por ejemplo, eres extraordinariamente chiquitito. Del mismo modo, eres un académico extraordinario²⁷.

En estas cuatro versiones vemos que no todos los traductores transmiten con el mismo acierto y la misma fidelidad la compleja forma de expresión de Joe. Dickens es un maestro en el retrato de los diversos tipos humanos. La forma de expresión de estos enriquece con infinitos detalles la descripción de su carácter o sus circunstancias sociales. Con ello, además, en numerosas ocasiones consigue un notable efecto humorístico. Porque no hay que olvidar que Dickens, al igual que otros autores de novelas por entregas, es el equivalente decimonónico a *The Wire*, *True Detective* o cualquier otra de las excelentes series televisivas actuales: su primera misión es entretener y divertir.

Carmen Francí

²⁴ DICKENS, C., *Great Expectations*, 1860. Edición para Kindle, posición 1170.

²⁵ DICKENS, C., *Cadenas rotas (las grandes esperanzas de Pip)*. Segunda ed. Trad. R. Berenguer. Editorial Miguel Arimany: Barcelona 1950, p. 61.

²⁶ DICKENS, C., *Grandes esperanzas*. Trad. José Méndez Herrera. Aguilar: Madrid 1945, p. 620.

²⁷ DICKENS, C., *Grandes esperanzas*. Trad. y ed. anot. de Eduardo Valls. Escolar y Mayo: Madrid 2014, p. 158. Acompañado de la nota al pie: “Es decir, ‘el diablo’. El apodo proviene de Juan 8:44”.